



Relatos
de dignidad





Relatos

de dignidad





COORDINACIÓN EDITORIAL

Juan Carlos Escobar Rivera
Adelaida Malagón Doza

TEXTOS

Juan Carlos Escobar Rivera

DISEÑO E ILUSTRACIÓN

Stephanye Duque Salgado - La Duquesa

IMPRESIÓN

La Duquesa estudio

ISBN: 978-958-5933-1-2

CON EL APOYO DE:





Índice

Prólogo.....	6
Presentación.....	7
Rosa.....	9
Azucena.....	10
Jamín.....	12
Hortensia.....	15
Hanna.....	18
Magnolia.....	20
Margarita.....	23
Camelia.....	29
Begonia.....	33
Aluminio.....	35
Cobre.....	38
Plomo.....	41

Prólogo

**"Si la justicia no hace memoria, la memoria debe hacer justicia",
Ana Blandiana**

En el marco del conflicto armado colombiano la violencia sexual ha sido una de las armas más utilizadas por todos los actores del conflicto, generalmente, pero no solo, contra las mujeres. Este hecho victimizante erosiona el tejido social de las comunidades, representado casi siempre en la mujer como bastión del hogar, de la sociedad y heredera de las tradiciones y del territorio.

La violencia sexual es un crimen que representa de forma palpable la cultura patriarcal en Colombia; la posesión del cuerpo del otro es una forma de dominación que busca infundir terror, no sólo en la víctima directa, sino también en la comunidad a la que ésta pertenece. Este tipo de violencia deja marcas indelebles en el cuerpo y en la psiquis de las víctimas. Algunas de las más frecuentes son el rechazo hacia su propio cuerpo, el odio o la desconfianza hacia los desconocidos y la profunda desazón de verse sucia y mancillada para los demás.

Las terapias grupales con ayuda psicosocial son parte del proceso que un grupo de mujeres víctimas de violencia sexual en el Valle del Cauca están transitando. Es un trabajo lento que busca liberar a las víctimas de la culpa, la vergüenza y el odio que sienten hacia sí mismas por lo que padecieron. La autoafirmación de sus capacidades y la esperanza en un futuro mejor son anhelos de muchas de ellas que no dejan, sin embargo, de buscar justicia y de difundir sus verdades como forma de reparación simbólica a sus identidades y sus cuerpos.

Esta iniciativa, *Relatos de dignidad*, apunta hacia esa dirección: la de contribuir a que se conozcan las verdades silenciadas de las víctimas, previniendo la repetición de los hechos victimizantes. También, pretende contribuir a la búsqueda de justicia y a que más mujeres y hombres que han sufrido en su ser los vejámenes de la violencia, puedan sanarse contando sus verdades y compartiendo con quienes ya lo han hecho.

Juan Carlos Escobar R.
Director Museo de memoria histórica



Presentación

Soy bogotana; vine al Valle con muchas expectativas: quería bailar y ser artista. Sin embargo, la vida hoy es diferente para muchas de nosotras. Aquí se esfumaron mis sueños. De ser una ciudadina tuve que habituarme a la vida en el campo, un trabajo nada fácil, pero admirable y valioso para la sociedad.

Como muchas, siento que he tenido que sacrificar gran parte de la vida por mi familia, por mi esposo. La guerra la veía por televisión y nunca creí vivirla en carne propia. Ser víctima de violencia sexual no se lo deseo a nadie. Cuando todo esto pasó, intenté suicidarme; incluso ahora es difícil describir la suciedad y la vergüenza que se siente ser abusada. Estuve a punto de morirme. Sentí el rechazo de quienes esperaba más apoyo.

Esta publicación se la quiero dedicar a mi hermana y a mi madre. Mi madre murió en el año 2011 y no pude hacerle el duelo que merecía porque estaba lejos y con miles de compromisos. A ella quisiera decirle que me perdone y que la amo mucho.

Compartir con un grupo de hombres y mujeres que han sufrido la violencia sexual me ha servido para salir de la soledad, del limbo en el que me encontraba. Mi sueño es lograr algo para las víctimas, que las repare y reconforte. Quiero sentirme útil en la vida y quiero volver a vivir.

Adelaida Malagón Doza





Rosa

Nació en Buga hace varios años, aunque se crió en un municipio en el sur del Cauca. Tuvo que sufrir la muerte de su hijo a manos de grupos armados. Este hecho, y muchas injusticias más que presenció desde pequeña, la impulsaron a defender las causas sociales de las mujeres desamparadas por el Estado, víctimas de la violencia de las armas y de los hombres.

Luego de las masacres durante los años ochenta y noventa contra la Unión Patriótica (UP), Rosa conformó grupos de mujeres a quienes socorría y para quienes buscaban ayuda psicosocial, económica o de vivienda. Esta labor por poco le cuesta la vida, pero ni las amenazas ni la violencia que sobre ella han ejercido los violentos lograron acallarla.

Su mayor deseo es ver a las mujeres empoderadas, emprendedoras y dueñas de sus derechos. Rosa afirma con convicción que las mujeres juntas son capaces de muchas cosas, sobre todo de construir un país en paz que pueda dejar atrás todo el dolor que conlleva la guerra.

Azucena

Azucena estuvo buscando durante días a su esposo muerto en una finca de El Brillante, corregimiento del municipio de Tuluá. No descansó hasta encontrarlo y darle cristiana sepultura. Pero la guerra tenía otras pruebas para ella. Su valentía la llevó a enfrentar las amenazas de los victimarios que la violentaron durante varios días en su casa, aun sabiendo que había cuatro niños muy pequeños a su cuidado, testigos mudos de la barbarie.

El esposo de Azucena era inocente; no se trataba de ningún colaborador de grupos armados, como se quiso hacer creer. Su muerte fue un error más de esta guerra, como todos. Ella siempre lo supo, pero quería escucharlo de los labios del líder de los victimarios. Quiso saber por qué la muerte y la violencia hacia los cuerpos y las almas de las víctimas. Buscar esa respuesta, como tantas otras y ver el arrepentimiento del criminal le removió hondos dolores, con los que duerme y de los que a veces se libera, pero en los que otras tantas veces recae. Entonces viene la crisis, esa sensación de suciedad que la acompaña en los peores momentos.



Hoy, Azucena, afirma sentirse mejor. Las terapias le han servido, pero también poder hablar con otras mujeres, compartir con ellas y conocer historias como la suya. Más o menos graves, pero todas con heridas profundas a las que tratan de sobrevivir, para volver a vivir. Juntas son más fuertes y con su compañía, Azucena se siente más fuerte.

Volver a encontrar el amor también la ha llenado de esperanzas. Una nueva pareja, después de tanto tiempo, que comprende su soledad, sus complejos y sus temores ha sido una bendición. Como también han sido una bendición sus hijos, por los que no deja de preocuparse.

La atormenta la tristeza de los cuatro hijos con los que se desplazó. No debieron presenciar los horrores de la guerra ni en su cuerpo ni en su espíritu. Si alguna vez superan el rencor, la depresión, las ganas de no vivir y el rechazo, ella podrá seguir floreciendo, escapando de sus miedos.

A azucena le gusta dar testimonio sobre su vida. Se convirtió en una vocera de la sanación emocional para las mujeres que aún no han tomado la decisión de hablar, de curarse, de perdonarse y buscar ayuda. Ella ya comenzó, sabe que el camino es largo, pero también que el primer paso ya lo dio.

Aún siente temores: salir de noche, ver personas extrañas, sentir que la persiguen. Ha rodado por muchas partes, escapando de la muerte o de los violentos. Sus hijos, no obstante, son el estímulo que la impulsan, su razón de ser y a quienes nunca ha abandonado. Quiere continuar curándose. Ahora puede hablar a otras personas de su pasado y los sufrimientos que vivió. Ante todo, quiere que haya paz y reconciliación, aunque sabe que es muy difícil. Para lograrlo hay que dejar de odiar y criar a los hijos con mucho amor, como ella lo hizo.



Jazmín



Parece una sombra huidiza. Aún conserva atisbos de una gran belleza, esa misma que le llamó tanto la atención a su esposo asesinado, pero también, a un comandante insurrecto y a tantos otros pretendientes, incluso a sus victimarios. Jazmín vive con fobias, paranoias y fantasmas que la acechan.

Habla, habla mucho, pero solo con pocas personas en las que confía. Estar en un grupo de mujeres que vivieron los horrores de la guerra como ella, le ha quitado una mordaza de su boca. Ahora, desea que la escuchen, pues, aunque guardó silencio muchos años, cree que ya no tiene nada que perder. Comparte con los otros su verdad y quiere justicia por todo lo que tuvo que padecer.

Su vida parece una telenovela, da para un guion completo. Sus traumas, dice, vienen casi del momento en que nació. La suerte la llevó a viajar por medio mundo para después enamorarse de un paisa brillante por el que cambió Tokio por el Putumayo, el mar por la selva y una finca hermosa donde fue feliz. Pero la guerra arrasó con todo, la despojó de todo.



Ella y su esposo llegaron a tener muchas cosas. No les faltó nada, pero al cabo de poco tiempo todo se esfumó. Aunque la amenazaron, la violentaron y le robaron casi todas sus propiedades, se aferró a su hijo y a lo poco que le quedaba. Seis años después de la muerte de su esposo la barbarie volvió, peor que antes, y la quebrantó en lo más hondo de su ser. Tuvo que soportar la ignominia de un secuestro: varios días de terror en las manos de sus captores creyendo que la vida se le iba en cada momento. Mordía cerillas para contar los días que pasaba secuestrada: dieciocho cerillas alcanzó a morder por cada noche; días sin fin y sin la gracia de Dios. Después de ser liberada nada le importaba, solo que su hijo estuviera bien.

Cuando quiso declarar ante la justicia todos los hechos que vivió, en el año 2011, la funcionaria que la atendía le indicó que dijera algo corto porque a nadie le iba a importar lo sucedido. Pero ella cree que su historia sí vale; eso lo aprendió con los años, cuando descubrió que abrirse a otros, compartir sus desdichas y declarar lo que antes no se había atrevido a decir, tenía un poder sanador. Sobre todo, cuando pudo hablar sin que el llanto la callara.

Estuvo tranquila un tiempo, pero las amenazas han vuelto a su vida, y con ellas los temores. No quiere seguir escondiéndose, pero no confía en casi nadie y no habla con mucha gente tampoco. Solo quiere seguir luchando para que le devuelvan algo de lo que le quitaron, su dignidad, así sea de forma simbólica, en forma de tranquilidad y de ausencia de necesidades.



Esperanza
Resiliencia
Verdad Apoyo
Se puede **Justicia**
Perseverancia



Hortensia

Sus facciones y su voz son fuertes; Hortensia parece una mujer templada y hasta malgeniada. Sin duda lo es, pero también tiene mucha dulzura para dar y una gran sensibilidad.

Hortensia nació en Roldanillo. Desde pequeña guerreó la vida, sin descanso, trabajando aquí y allá con su hermano, para ayudar a la economía de su casa. Dejó de estudiar y, cuando consideró necesario, se fue a probar suerte a otra parte. Su hermano no pudo aguantar la ausencia y se fue con el río.

Nunca le ha temido a nada. Siendo aún muy joven empezó a tener sus hijos: dos niñas que por suerte no estaban el día que llegaron a la finca donde vivía, en El Dovio, buscando a su esposo. Los tipos esos la querían matar, pero antes, cree, querían gozar con su sufrimiento. Después de hacer lo que quisieron con su cuerpo, los victimarios intentaron matarla hiriéndola en varias partes. Como pudo, se arrastró hasta la carretera en busca de ayuda. Por eso los médicos la apodaron "la milagrosa", por revivir entre los muertos y porque varios años después dio a luz a una niña, siendo mayor de 40 años y estando operada de los ovarios.

Los hechos dolorosos, como a todos, la transformaron. Cuando se recuperó a punta de fuerza de voluntad, se volvió una mujer con resentimiento, amargura y odio hacia los demás, pero, sobre todo, hacia sí misma. Tuvo problemas con su familia, con sus hijas y su mamá. La tristeza la fue consumiendo

De Cali llegó a San Pedro, sin nada en las maletas, a empezar desde cero, a trabajar en lo que saliera; a pedir ayuda, incluso, pero con orgullo, con la cabeza en alto, sin sumisión ni clemencia. Allí conoció a alguien que la volvió a ilusionar y de esa ilusión nació su última hija, todo un milagro de Dios. Volver a ser mamá le devolvió de a poco la ternura y la sensibilidad que había tenido maniatada tantos años. La volvió a reconciliar consigo misma.

A sus hijas les dice que deben luchar, como ella lo ha hecho toda su vida. También, les pide que no dejen de soñar, pues ella, aunque ha sobrevivido y vivido a contracorriente, conserva la esperanza de montar el negocio que tanto quiere. Así mismo, lucha por encontrar la paz con su pareja y por ver a sus hijas felices, a pesar de los problemas que la vida pone en el camino.

Cuando Hortensia sonrío su rostro cambia por completo. Durante el último año ha reído más y en ello ha sido fundamental el apoyo psicosocial que recibe y los exámenes e intervenciones médicas que le están realizando. Su cuerpo aún está enfermo, pero quiere recuperarse, dejar atrás las dolencias y los problemas físicos y mentales, para darse otra oportunidad. No quiere que la amenacen porque merece vivir, ha luchado toda su vida y todavía siente que no es tiempo de descansar.

Sus recuerdos sostienen
el alma de quienes quedamos





Hanna



No sé quién la sostuvo, no estuve para
alzarla
no sé quién calmó su llanto ni su sangre
mis manos dormían lejos.

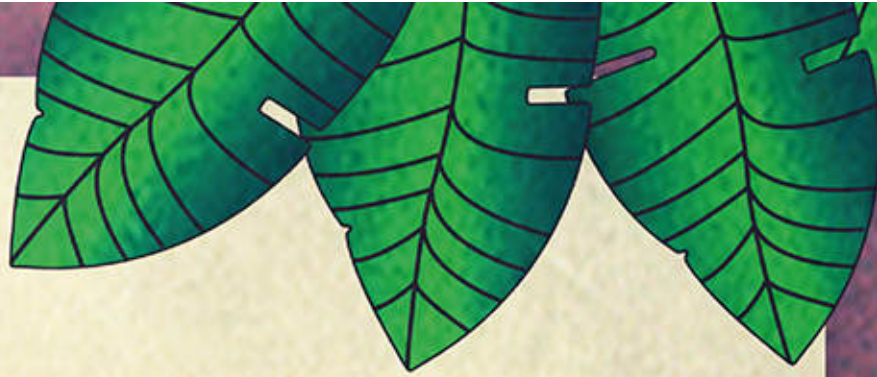
No sé qué ráfaga pasó por su memoria
mientras entraba el puñal
no sé a cual oración se aferró
cuando desgarraban su vagina.

Mi cuerpo estaba ileso y abrigado.

No sé cuántas cicatrices se cerraron
sobre su alma
y dejaron adentro los atisbos del
amor.

Solo puedo oír su silencio
hondo, como un mar antiguo
un oleaje de sal y de gritos.

No sé cual fue la luz que le cubrió
la cara cuando la encontraron
no sé cómo se veían sus pies
después de un siglo de oscuridad
no sé cuál fue su primera palabra
después de la vergüenza.



No sé cómo pedirle perdón por la hermosa vida que he tenido, lejos de ella y de su espanto.

Nos sé cómo hilas las palabras para que sepa que comprendo todo aunque no haya vivido nada.

No sé cómo invitarla a mi casa, no conozco su nombre, ni el color de su país.
Sólo quiero acunarla y cubrir con mi boca cada herida latente,
Hacerle saber que soy su madre, su hermana, su amante, su hija

Hacerle saber que de este lado no hay un bando enemigo que nadie va a saquearla, que nadie pasará por encima de su belleza, que nadie quemará su cuerpo ni sus ojos.

Sólo quiero que comprenda que puedo envolver todo el amor que me contiene y entregárselo tibio para su pecho hueco.

No sé como decirle que no está sola.

Alejandra Lerma

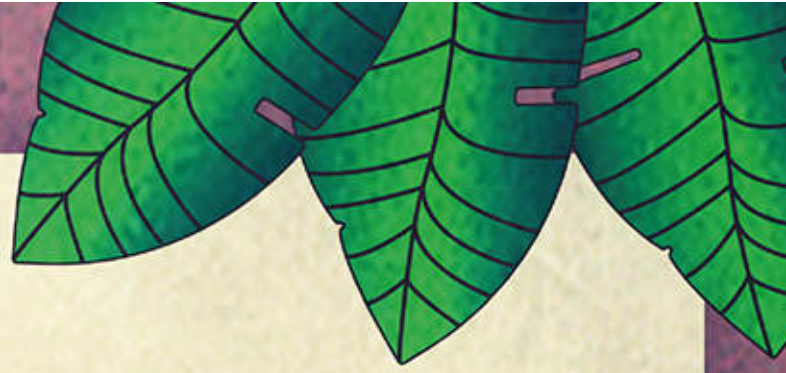


Magnolia

Magnolia parece una hormiguita. De corta estatura, pero de gran coraje, siempre echada pa'lante. Toda su vida ha disfrutado trabajar, buscar el sustento, no quedarse quieta ni tampoco sola. Se mueve de un lado para otro; salta de la casa de un hijo a la de un sobrino y luego a la de otro hijo, de una ciudad a otra; a todos les trabaja, les ayuda. Si su cuerpo no tuviera las secuelas que le han producido la violencia y la maldad de unos hombres, ni las inclemencias del sol de Buenaventura y del campo, estaría de nuevo vendiendo mercancía en la calle, o asando arepas desde las cinco de la mañana. Trabajar ha sido su destino desde muy niña. Lo hace porque no quiere quedarse paralizada, encerrada, con la responsabilidad de otros a cuestas, con miedo a la noche y a los extraños.

La familia de Magnolia deambuló por varias fincas entre Ceilán y Fenicia, en el Valle del Cauca. Sus padres no le quisieron dar estudio porque tenía que dedicarse, junto a su hermana, a las labores del hogar y del campo. Además, la trataban mal, recuerda. Fue por eso que a los trece años se asomaba, a escondidas, por la ventana de su casa, viendo cuál sería el pretendiente con el que se casaría y así poder huir.





Lo encontró pronto y con él tuvo cinco hijos. Regresó al campo, a una tierrita que su pareja consiguió por La Mina, corregimiento de San Rafael, en Tuluá; allí cultivaban café y frutales. Siendo aún una joven de 25 años tuvo que vivir los suplicios de la violencia: hombres encapuchados la amenazaron, la violentaron cuando recogía café y le dejaron marcas imborrables en sus manos para que no los olvidara.

Ella guardó silencio; "fue un accidente" dijo y olvidó por completo que su cuerpo también podía sentir placer, además de dolor. Se desplazaron. El destino se ensañó contra ella, como si Dios a veces se olvidara de sus hijos. Tiempo después trabajó en Buenaventura, vendía frutas y verduras en una carreta; una noche, mientras esperaba en una esquina la parada del bus, unas personas oscuras la raptaron; lo demás es parte de la pesadilla.

Pocos años después repitió de nuevo el horror en una calle de Buga. La misma maldad en los ojos de los hombres; las armas en sus manos; la noche puesta; la hermana que la dejó sola, un instante, esperando mientras volvía...

Para Magnolia su vida ha sido un ciclo que no para. Un eterno retorno en el que lo mejor ha sido el amor de su familia, pero en el que lo peor regresa en dosis iguales cada cierto tiempo. Ya no quiere que vuelva lo segundo. Ha sufrido bastante sin tener culpa alguna, solo por ser mujer, por tener un cuerpo frágil y bello, por ser inocente. Quiere ser feliz, dedicarse a disfrutar del amor de sus hijos y nietos, a quienes siempre ha criado con afecto y ha enseñado a ser independientes. Ya está perdiendo la vergüenza de hablar, sigue trabajando consigo misma, sin descanso.





Margarita

A Margarita se le quiebra la voz cuando reconoce todas las necesidades por las que tuvo que pasar para alimentar a sus hijos: hijos producto del amor por un hombre desaparecido. La necesidad y la carencia continua vinieron del desplazamiento y el despojo al que fue sometida por grupos armados. Su voz apenas está volviendo a pronunciarse luego de mucho tiempo de silencio.

Tuvo que vivir arrimada con sus cuatro hijos en casa de su madre, junto a otra hermana también desplazada y con hijos; para sobrevivir trabajó en casas de familia; solía caminar diariamente desde La Cruz hasta La Quinta, dos barrios distantes en el municipio de Tuluá, para ahorrarse la plata del bus; y solía también recoger la comida que quedaba en la cocina de sus patronos para llevársela a sus hijos. Se lamenta de su desdicha, pero afirma que gracias a todo lo que hizo por ellos, no les faltó el sustento. Los hijos menores terminaron sus estudios, las mayores consiguieron marido pronto para huirle a la pobreza.

Nació en el campo. Tenían muchas necesidades en su familia y para resolverlas tuvo que trabajar desde niña ayudando a sus padres. Pero algunos hombres se aprovecharon de la inocencia y del temor que infunden con la fuerza y las amenazas.

Siguió viviendo en el campo, incluso cuando se unió a su pareja. Para ese entonces se habían trasladado a la vereda Quebradagrande, donde nacieron sus cuatro hijos. A Margarita los hombres armados que pasaban por su casa, y que mandaban sobre todos, le propusieron que se fuera con ellos, que a sus hijos no les faltaría nada en el monte. Pero el comandante abusaba de ella cuando no estaba su marido y Margarita no quiso que sus hijas vivieran el tormento de estar con alguien contra su voluntad.

A su pareja se lo llevaron una noche; lo acusaron de informante del ejército y desapareció. Días después Margarita fue notificada. Una nota bajo la puerta de su casa le indicó que tenía que irse o sus hijas serían reclutadas. Se marchó a vivir en Tuluá, donde sintió de nuevo la humillación que trae la pobreza, pero sus hijos le dieron la fuerza necesaria para salir adelante. Hoy todos viven agradecidos con ella, han entendido que sin su valor y su entrega no serían quienes son.

A sus hijos aún les falta saber toda la verdad, pero Margarita dice que algún día se armará de valor para contarles todo lo que la guerra ha dejado en su alma. Por lo menos ya habla, ya ríe y ya se puede desahogar; se siente más despierta; antes no hablaba con nadie que no fuera de su casa. Le falta dejar de sentirse sucia y avergonzada por algo que nunca quiso.







La desaparecieron por cuatro días con sus noches, limbo en el que fue ultrajada. Cuando regresó del infierno al que solo la maldad humana puede concebir contra una mujer, le dieron la noticia que a su marido lo habían matado. Le informaron, además, que todo el pueblo, incluidos sus hijos, se había desplazado al casco urbano de Tuluá. Allá fue a buscarlos por un camino que le pareció eterno y con la angustia de que le echaran mano de nuevo. Para escapar de la sanción social de los ignorantes, que hasta la acusaron de mandar a matar a su pareja, huyó un tiempo para Bogotá. De allí, la pobreza, la soledad más profunda y la tristeza la trajeron de vuelta. Prefería estar cerca de sus familiares.

Nunca se separó de sus hijos. Por ellos luchó y trabajó lavando ropa y haciendo aseo en casas de familia. Ellos nunca se han enterado de lo que padeció en cautiverio y hasta hace muy poco seguía atragantándose con el silencio y la tristeza. Conocer a otras mujeres que han padecido en carne propia el conflicto, la ha ayudado a liberarse de tantas culpas y suciedades. Ahora que está sola, porque los hijos crecieron y se han ido de casa, se siente tranquila.

Violeta cree haber perdonado a los violentos, pero las heridas siguen ahí y prefiere no pensar en eso. Desea que Dios los perdone porque ella ya no guarda rencor por su pasado ni busca justicia. Sin embargo, cuando ve a algún hombre grande y corpulento, de piel morena, que se le acerca, frunce el ceño y le cambia el genio porque recuerda a quienes le hicieron tanto daño.

Violeta

Violeta quiso durante mucho tiempo desaparecer, ser invisible, dejar de existir. Le huía a la mirada de los demás, temía que la juzgaran, que la señalaran, que hablaran de ella. Las marcas imborrables que quedaron tras la violencia de los salvajes en su cuerpo, vinieron acompañadas por una vergüenza dolorosa: el rechazo social que conlleva sentirse mancillada y las habladurías de los demás que expresan lástima.

Antes de lo sucedido, Violeta no sabía qué era la guerra. Vivía con su pareja y sus hijos en Monteloro, un corregimiento en la alta montaña tuluëña. Si bien, allí hacía presencia un grupo armado que nunca se metió con ellos, no imaginó a los bárbaros que vendrían a finales de los años 90s, masacrando por doquier a quienes les daba la gana. Por precaución, le dijeron que cerrara la oficina de Telecom donde trabajaba. Así lo hizo. Se había ido por unos días, mientras se calmaban las cosas. Al regresar en la chiva, días después, se estrelló de frente con la noche más terrible.

Durante esos días, a su pareja se la llevaron para nunca más volver. A los que tenían retenidos esa noche, a la vera del camino, les preguntaron quién era la telefonista de Monteloro. Como siempre se supo inocente y desde pequeña le enseñaron que el que nada debe nada teme, ella no negó ser a quien buscaban.



De todo lo que ha tenido que afrontar Camelia, la desaparición de su hijo es lo que más la ha marcado y la hace sufrir. Se consuela estando con sus nietos y recibiendo el cariño y los abrazos de un ser querido; “eso lo sostiene a uno”, afirma con vehemencia.

Vivió por los lados de San Rafael, zona rural de Tuluá, de donde fue desplazada, después de que se le llevaran a su hijo de once años y no volviera a saber nada de él. En Tuluá vendió, entre muchas cosas, chance, arepas y mercancía, para que no les faltara a sus hijos nada. Por eso la aman y siempre están atentos a sus necesidades. Casi diariamente hablan por teléfono y lo que menos desean es verla recaer en alguna crisis. Quieren verla alegre, como ella suele ser.

Está convencida que Dios le va poniendo en su camino cosas buenas, como el grupo de mujeres con las que comparte y que la ha ayudado a sentirse mejor. Ahora alienta a su hija menor a ser fuerte y responsable con sus hijos, tal como ella lo fue. Trabaja para ayudar en su hogar y cuando comparte con otras mujeres víctimas, las anima y alegra la vida para borrar sus propias penas.

Camelia

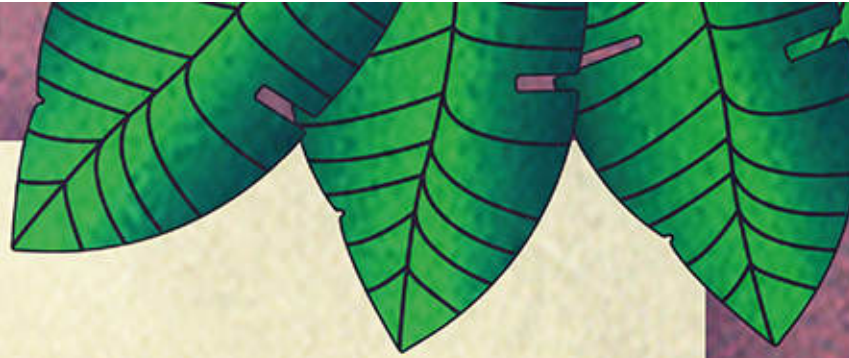
A doña Camelia no se le nota el sufrimiento; cuando está en grupo se le ve radiante, contenta y haciendo chanzas a los demás. Ahoga sus penas con alegría porque no hay mejor antídoto para la depresión. Los nietos han sido un bálsamo para ella: sus sonrisas y ocurrencias le iluminan y reconfortan la vida.

Nació y vivió en el campo casi toda su vida. Nacer mujer la condenó a servirle a los demás y a sus hermanos pequeños. No pudo estudiar. Tampoco, sus padres la protegieron, ni a ella ni a su hermana, cuando eran solo unas niñas. Las mandaban a llevar remesas por caminos solitarios y a trabajar en fincas a merced de hombres extraños y corrompidos que no se apiadaban de su indefensión. Es por eso que se conmueve cuando oye en las noticias que abusan de los menores. Afirma que eso no ha cambiado, aunque ahora, por lo menos, hay más justicia.

Camelia vive sentida con sus padres y algunos familiares, a quienes rara vez visita. Siendo muy joven tuvo sus primeros hijos, a los que crio sin recibir apoyo casi de nadie. Tener que luchar desde muy joven por sacar a sus niños adelante le desarrolló un temple y una fuerza de voluntad que la han ayudado a sobrevivir y que trata de inculcarles a sus hijos, sobre todo a la menor, madre soltera como ella lo fue.







Poco a poco los liberaron: primero a los hombres que se encargarían de conseguir la plata para el rescate de las mujeres. Luego, a su prima tras comprobar que la familia no tenía dinero. Pero a ella, le preguntaron reiteradamente por su esposo. La información de inteligencia indicaba que era un próspero comerciante de Tuluá y tendría que pagar por su libertad. Tres días duraron las averiguaciones, pero el mismo comandante le anunció que se iría libre porque no tenían tanto dinero como pensaban. Ángela sintió alivio.

El destino le jugo de nuevo una mala pasada: tres hombres armados la acompañaron hasta el lugar donde quedaría libre. De pronto, uno de los tres sentenció "¿No le vamos a dar la despedida?" Otro añadió: "Dígale a su marido que ahí le mandamos". No se sentía particularmente bonita ni joven, no pensó nunca que los tres tipos abusarían ese día de ella.

Superar ese momento no ha sido tarea fácil, como tampoco sobreponerse a los demás episodios dolorosos de su vida; intento varias veces decirse a sí mismo que nada había pasado, minimizar su tragedia conociendo otras tragedias peores, pero una violación no es poca cosa y por más autoengaños, las heridas y el sufrimiento quedan.

Después de mucho tiempo fue capaz de denunciar. Decir la verdad, contar su experiencia le alivió la carga. También, por supuesto, sabe que ese proceso no lo vivió sola: su esposo, que siempre la ha comprendido y ayudado, y su hija, han sido su soporte y su bálsamo.

Con 15 años recién cumplidos, regresó a la Manizales natal en busca de un padre perdido que ya había muerto. Fue haciendo una vida propia, con novios que le mentían y le prodigaban amor. De los pretendientes que tuvo prefirió un hombre mayor, buscaba seguridad, estabilidad y que no le mintieran más. A los 19 años nació su única hija.

En el año 2003, su hija aún pequeña pasaba unos días de vacaciones en casa de la abuela y Begonia recibió una invitación irresistible. Una prima le propuso ir a visitar a un pariente en Génova, Quindío, a quien no veían desde la infancia. Su esposo no quiso ir. En un pequeño automóvil arrancaron desde Tuluá y luego, cerca de Armenia, doblaron hacia la cordillera central, buscando la zona rural de Génova.

Luego de un viaje sin contratiempos llegaron al destino. Los abrazos, los besos y las risas del reencuentro fueron, muy pronto, interrumpidos por un grupo de hombres y mujeres armados que esa noche obligaron a los visitantes a irse con ellos.

Pertenecían al frente 50 de las Farc y los trasladaron bien adentro en la cordillera. Caminaron entre las montañas hasta que alcanzaron el campamento, donde les anunciaron que estaban secuestrados.



Begonia

Para llegar a ser feliz o alcanzar, al menos, un pedacito de felicidad, Begonia ha sufrido toda su vida. En uno de sus primeros recuerdos se ve a sí misma, de 4 años, caminando de la mano de su madre por las empinadas calles manizaleñas; llevan de equipaje un costal con la ropa de ambas; la escena, sin embargo, es más dramática: huyen de un hombre que es su padre.

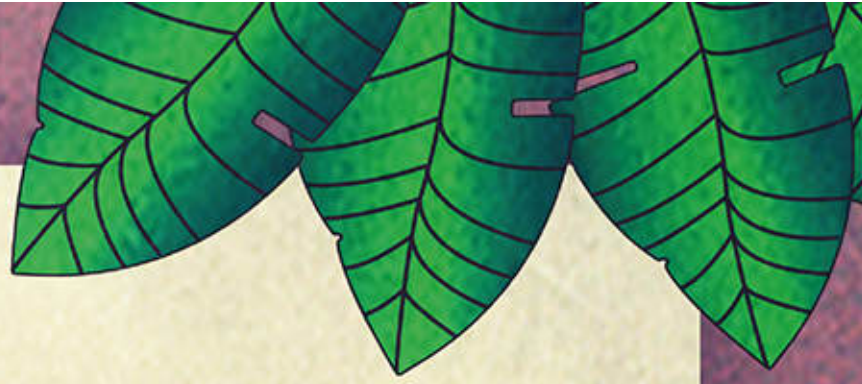
Desde entonces, y hasta sus quince años, ella y su madre estuvieron juntas: en fincas, en pueblos o donde encontraran el sustento, sin abandonarse la una a la otra. Su madre tuvo que ejercer la prostitución para alimentarla. Esta experiencia la llenó de odio y rencor hacia su hija.

Los días no auguraban un futuro prometedor. A pesar de dos intentos de suicidio, Begonia quiso darse otra oportunidad. En plena víspera de su cumpleaños número 15, escapó. Fue su ritual de transición: sin ponqué, sin vestido largo, sin chambelán. Como antes, esta vez tampoco tuvo en qué empacar la ropa: su vida incipiente se repetía en un círculo envolvente del que buscaba salir. Un costal no era una alternativa en esta ocasión y robó el morral de uno de los peones de la finca donde también ella trabajaba con su madre. Finalmente llegó hasta la casa de una amiga en el pueblo; allí tuvo techo, comida y comprensión, hasta que su madre fue a buscarla, pidiendo perdón, pero Begonia no pudo perdonar así de fácil por tanto maltrato recibido.

El intentó esconderse, pasar desapercibido hasta que llegó el día del gran golpe: de regreso de La Marina, por una vía des-
tapada le cerraron el paso, lo agredieron, insultaron, golpearon y en una cañada lo abusaron sexualmente.

Las heridas del alma son más dolorosas que las físicas porque laceran la autoestima y la dignidad de la víctima. Plomo nunca volvió a ser igual después de esto, se volvió solitario, malgeniado, cusumbosolo. El peso de su vergüenza lo ha hundido en un pantano de odio, resentimiento y anhelo de venganza hacia sí mismo y sus victimarios. Sin embargo, su esposa, su familia y su pequeño hijo, de 5 años, son las personas que lo han ayudado a mantener a flote, a no hundirse más en la desesperación sino a seguir viviendo con esperanza para que su hijo y su esposa no les falte nada y vivan bien los años que les queda por delante.

Después de su tragedia personal, Plomo intentó irse del país varias veces, en unas lo consiguió en otras no, pero al poco tiempo tuvo que regresar. Ahora trata de vivir con tranquilidad, sin miedo, trabajando en construcción. Nunca le ha confesado su hecho victimizante a nadie de su familia ni amigo ni conocido. Esta confesión le ha ayudado a Plomo a sentirse un poco más ligero, sin tanto peso encima. Ojalá pueda volver a volar.



Desempeñándose en este oficio, siendo muy joven aún, recibió su segundo gran golpe: perdió su brazo izquierdo por una descarga eléctrica. Sin embargo, la bienaventuranza apareció pronto y a los pocos meses se dio cuenta que sería padre. Esta oportunidad que le daba el destino le dio impulso para sobreponerse de su discapacidad y seguir trabajando, incluso aprendiendo otros múltiples oficios. Nunca ha considerado que su discapacidad física lo haya vuelto más débil o inferior a otros, siempre ha creído que eso es un asunto mental y él ha logrado hacer lo que se propone.

Al poco tiempo pidió su liquidación en la empresa que trabajaba, viajó con su esposa, hermana e hijo a un pueblo del Pacífico donde compró una tienda de abarrotes. Allí quedó en el fuego cruzado entre paramilitares y guerrilleros, cada bando lo acusó de auxiliador y tuvo que dejar toda su inversión tirada para huir con su familia. En el camino en lancha se le murió su pequeño hijo, su tercer gran golpe de la vida.

Intentó recomponer su trabajo y familia en Tuluá, trabajó vendiendo leche cruda y montando un galpón para hacer ladrillos en Aguaclara. Le iba bien, le daba trabajo a varios conocidos y familiares, hasta que el pasado regresó en forma de amenazas para que se fuera de la ciudad y no volviera. La guerrilla lo seguía acusando de traidor.

Plomo

Nuestro protagonista parece hecho de plomo fundido, ha recibido tantos golpes en su vida, uno tras otro, que parece haber sido forjado para grandes batallas en la vida. Su mera existencia y ganas de seguir viviendo es prueba de resistencia ante los golpes de martillo que ha recibido para amoldarse y ser más fuerte.

Plomo tiene marcas profundas que le ha dejado la vida: unas son evidentes a simple vista, como para ser descrito con discapacidad física, pero estas huellas no son las más dolorosas que ha recibido: las internas, las que no se cuentan por vergüenza o miedo, lo son.

Nació en un pueblo vallecaucano, a los 10 años recibió su primer golpe: su papá biológico lo abandonó, junto a su madre y hermana. Por suerte tuvo al poco tiempo un padrastro que lo recibió con cariño y le enseñó el arte de la electricidad.



Cobre

Silencio. Habla y de nuevo silencio. La vida de Cobre está llena de estos espacios vacíos que lo caracterizan, le dan un aire de hombre prudente, pero también temeroso.

"Esquirlas", repite una y otra vez esta palabra para describir lo que se siente ser víctima. "Nadie sabe esto" también aparece en su narración de forma repetida.

Cobre amaba el campo, a pesar que nació en la ciudad. Ese amor le fue transmitido por sus tíos, que tenían una finca por El Vergel, zona rural tuluëña. Desde muy joven les pedía a sus padres que lo dejaran ir de vacaciones al campo; allá aprendió a cultivar, a cosechar café, a ordeñar vacas, a montar a caballo y manejar animales. Luego, se quedó trabajando.

Siendo muy joven, no más de 25 años, cuidaba la finca de su tío en compañía de una prima, menor que él. Seis hombres armados y vestidos de camuflado llegaron atropellándolos, acusándolos de ser auxiliares de la guerrilla. Ellos en su vida habían tenido relaciones con la insurgencia, pero no les creyeron. Los amenazaron y amordazaron, cuando Cobre vio que comenzaron a tocar a su prima y que iban a abusar de ella, intentó defenderla.



Los violentos lo controlaron y dijeron que le harían lo mismo. Los llevaron a diferentes habitaciones y cumplieron su palabra.

Les dieron 6 horas para que se fueran de la zona y los amenazaron de muerte si llegaban a contar el horror que habían sufrido. Su prima se fue donde unos familiares en La Marina, de donde hasta ahora no ha salido. El regresó a Tuluá e intentó enterrar y borrar de su memoria ese fatídico día. Veintidós años después no lo ha conseguido.

Cobre intentó volver a hacer lo que le gustaba, trabajar en el campo cosechando millo y algodón en la parte plana de Tuluá, pero las labores del campo quedaron malditas para siempre porque le recordaban la violación. Se cambió a la construcción.

Luego, intentó rehacer su vida yéndose a vivir con su pareja y teniendo una hija. Su familia ha sido su principal soporte y motivo de alegría desde su tragedia, sin embargo, la vergüenza, más que el miedo, le han impedido confesar lo que vivió. A veces, su esposa le pregunta porqué está llorando, él prefiere mentir o callar.

Conoció a la líder de víctimas Adelaida y se animó a revelar su vergüenza; también, a escuchar otras historias de dolor para paliar el sufrimiento propio y entender que no se puede vivir con miedo toda la vida. Su confesión para esta historia es una victoria ganada al miedo, al olvido y la vergüenza.

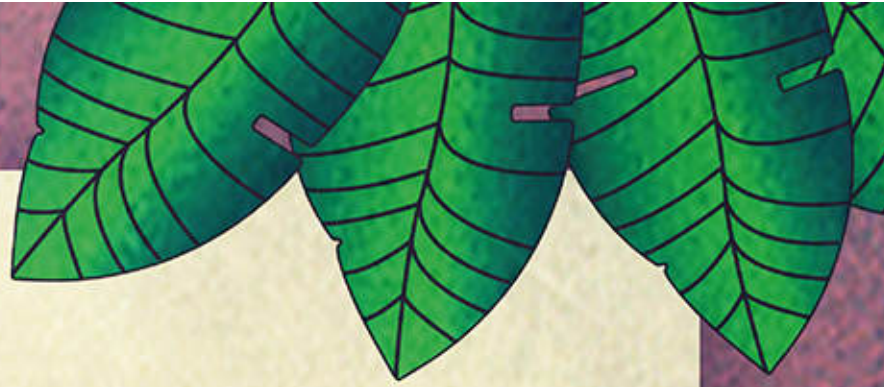
Cobre no sabe si podrá algún día perdonar a los victimarios, tampoco sabe cuándo dejará de sufrir cada vez que recuerda. Quisiera que los violentos tuvieran algún día su castigo. Por ahora, su aliciente es disfrutar con su hija y su nieto, ese es su motivo de vida más importante, aquel que le devuelve el habla, la sonrisa y la esperanza.



Aluminio

Eran las 10 de la noche de un día cualquiera del año 2001. La balacera estalló sin previo aviso. Aluminio tenía 8 o 9 años, no recuerda con exactitud los detalles ni las fechas. A esa hora hubo cambio de turno en la estación de policía de la Vereda La Magdalena, en el municipio de Buga. Su familia vivía en el segundo piso de una casa tomada en alquiler, diagonal a la estación, en el perímetro de la plaza central. Se alistaban para ir a dormir cuando llegó Luis, policía y padre de familia. Acababa de concluir su turno en la estación. Las ráfagas lo sorprendieron despojándose del uniforme y del armamento que usualmente no llevaba hasta su domicilio, pero que ese día cargaba consigo

Esa noche, la guerrilla hostigó el pueblo hasta la madrugada. Su papa apoyó la defensa de sus compañeros, apuntando a los insurgentes desde el flanco de su casa. José tampoco recuerda si hubo o no bajas en el enfrentamiento, pero relata cómo él y sus familiares escaparon de las balas asesinas, saltando al patio trasero de su vecina, en el primer piso. A la mañana siguiente, ellos y tantos otros, abandonaron el pueblo huyendo en desbandada de esa jornada de horror.



Su familia no echo raíces en ningún lado, se lamenta, mientras cuenta que a su edad ya ha vivido en Ibagué, Bugalagrande, Zarzal, La Unión y Buga. Como un caracol, marchó con su casa a cuestas. La familia lo acompañó siempre a donde quiera que era trasladado. Aluminio nació en Ibagué, por simple casualidad, cuando su padre cumplía con el deber profesional en la capital musical. Y aunque es ibaguereño, sus raíces están en La Unión, lugar al que migraron la mañana después de la toma. Allí, el abrazo cálido de tíos, primos y abuelos los acogieron para sanar las heridas.

Por un caprichoso azar del destino, Aluminio vivía por aquella época en La Magdalena. La cruenta violencia de esos años lo encontró en esta región de la cordillera central vallecaucana. Durante este periodo de barbarie, fue víctima de la guerrilla y de los paramilitares. La madrugada de ese día, xx vivió su primer desplazamiento, pero no el único hecho victimizante que enfrentaría en su vida. Hoy tiene 27 años y no parece un chico tímido e introvertido, como él afirma que fue hasta hace poco. La risa contagiosa y su voz cálida acompañan su conversación. Cuenta su historia en un tono sosegado que no da lugar al rencor, pero advierte que no ha logrado olvidar. Fue allí, en La Magdalena, donde sucedió el hecho que lo convirtió en víctima de la violencia de los armados, por segunda vez. Su padre había sido trasladado a Buga, tras la toma guerrillera en la Magdalena, así que regresaron. No recuerda, ni quiere hacerlo, como sucedió todo, como es que se convirtió en víctima de violencia sexual, siendo un niño.

Casi 15 años después se animó a declarar lo ocurrido. Los detalles más escabrosos que quiso enterrar en el olvido salieron a flote por última vez ante los funcionarios. Lo que nunca tuvo el valor de contar, ni a su madre ni a ninguno de sus seres queridos más cercanos, fue revelado y consignado en unas cuantas páginas. El caso de Aluminio fue reseñado con una nomenclatura que indica, claro y preciso, dos hechos victimizantes: desplazamiento forzado y violencia sexual.

Cuando llegó a Tuluá, en el 2014, realizó sus pasantías en una empresa de la industria gráfica. Había ocultado, bajo llave, un pasado que no pensaba abrir nunca más. Como tenía suficiente tiempo libre por las noches y se angustiaba sin nada por hacer, se inscribió en una academia de baile. Ahora, es todo un maestro.

Perdonó y no guarda rencores, algo que aprendió de su madre. La psicóloga que lo atendió concluyó que Aluminio es un hombre fuerte, aunque se haya considerado a sí mismo, por mucho tiempo, una persona débil. Pudo reconstruir su ser para continuar una vida normal, sin sufrir por los amargos recuerdos. Algo que no todas las personas que han vivido experiencias similares logran.



